

Concierto del Municipal

Schubert sereno, Mahler titánico

Del mejor modo se inició la temporada de la Filarmónica, con Izquierdo; la orquesta y el público "en ambiente"

FUE apenas una fracción de segundo, después del último "tutti" orquestal. Prácticamente no hubo interrupción, porque los aplausos vinieron al instante, complementados con muchos "¡bravo!" y algunas figuras levantándose de sus asientos, como accionados por un resorte. Minutos antes de que se produjera este efecto, habíamos paseado la vista por palcos y platea, y habíamos encontrado un público absorto, "atrapado", sin asomos de distracción por asuntos más terrenales-domésticos. La mayoría estaba "embrujaada" con el último movimiento y, al final, se produjo la descarga emotiva tras la tensión acumulada.

El efecto lo había conseguido Juan Pablo Izquierdo frente a la Filarmónica de Santiago, al finalizar el primer concierto de la temporada. Alguna culpa tuvo, desde luego, la Primera Sinfonía de Gustav Mahler. Había sido la segunda obra para la ocasión, porque "también" —suena en forma un tanto peyorativa— el director se permitió incluir la Sinfonía Inconclusa de Schubert. "Entre ésta y la de Mahler —había dicho previamente Izquierdo—, hay un nexo muy espontáneo; entre ambas está como el gran vínculo entre el romanticismo y el post-romanticismo, pues de alguna manera en la música de Mahler hay una herencia muy fuerte de Schubert".

Siempre nos ha interesado la forma con que los directores inician el tema de introducción del "Allegro moderato" de la maravillosa obra schubertiana. Creemos que Izquierdo lo hizo sencillamente a la perfección, con los tiempos justos para destacar la carga de misterio. De ahí en adelante prefirió una concepción más lírica que dramática, más "clásica" que "romántica",

de una madura serenidad. La orquesta sonó afiatada y permitió el lucimiento de algunos solistas, como el clarinete y los dos cornos en manos (bocas) femeninas. Cuando la obra llegó a su fin, sin conseguir la euforia que el público reservó para la pieza siguiente, todavía no habíamos terminado de pasarnos frente a la belleza y la calidad perenne de una partitura que desafía el tiempo y las generaciones.

es una gran pieza orquestal y, a nuestro juicio, en ninguna de sus sinfonías posteriores el compositor logró superar a ésta conocida como "Titán", también dispareja, como las otras, y, ni de lejos, comparable a la obra maestra de Schubert. Pero, tanto Izquierdo como una mayoría en el teatro, "estaban" con Mahler. También lo estuvo la orquesta. El director tiene una afición indisimulable por la obra y, felizmente,

no la oculta: fue una concepción unitaria, muy bien balanceada. El no se conformó con mover sus brazos: como la dirigió de memoria (al igual que en Schubert) tuvo más libertad física para hacer su propio espectáculo desde el podio (en este sentido, recordamos como fenómeno parecido sólo el que dio, hace unos treinta años, Sergiu Celibidache dirigiendo *El mar*, de Debussy). A nuestro juicio, Izquierdo hizo el milagro de no convertir a la obra en esa cosa abigarrada y pesada con que la "favorecen" aun ciertos directores de categoría mundial.

Como decíamos, también la orquesta estuvo "in the mood". En el primer movimiento, algunos espectadores pueden haberse asombrado de que en un determinado momento se "integraran" tres trompetistas: la razón es que ellos estaban colocados detrás del escenario, para producir el efecto de lejanía buscado por el compositor. Otros se asombraron al ver (¿desde cuándo?) a nada menos que ocho cornos en fila. En el notable tercer movimiento, el del "Frère Jacques" —basado en unos dibujos que Mahler vio de niño, y que representa el entierro de un cazador en el

Juan Pablo Izquierdo: a ratos, un mimo desde el podio.



"Frère Jacques, dormez-vous?"

¿Sucedre lo mismo con la Primera Sinfonía de Mahler? De todas maneras



Filarmónica Municipal: para oír, y "ver", a Mahler.

bosque, donde aparecen animales y gitanos— se lucieron algunos solistas (contrabajo, clarinete, fagot, flauta) en la orquesta manifiestamente aumentada en número (fundamentalmente las violas). En resumen, después de esta versión de la sinfonía, vamos a tener que disentir de la frase pronunciada, en esta misma semana, por uno de los personajes de una excelente producción televisiva inglesa: "Mahler corre el riesgo de ser tomado en serio".

Repertorio: sí y no

Los organizadores de la temporada sinfónica han afirmado haber tomado en serio, una vez más, lo que se ofrecerá en 1986. Han hablado de la amplitud y de la variedad del repertorio, un tema esencialmente discutible que quedará para otra oportunidad. Por el momento, cabé felicitar a los responsables —aunque para muchos aparezca como una "herejía"— por haber incluido sólo una Sinfonía (la Quinta) de Beethoven: esto sólo es un progreso (y no porque tengamos algo especialmente particular contra el compositor). Y si de Beethoven se trata, celebramos también la inclusión de la música incidental completa para **Egmont**, porque hay que ir aireando el repertorio, aun en los músicos más frecuentados. El acompañamiento para el drama de Goethe permitirá, además, el lucimiento del Coro del Teatro Municipal, que

intervendrá, por otra parte, en el prácticamente desconocido **Stabat Mater**, de Pergolesi, en el más ubicable **Ré-**

quem Alemán, de Brahms, y en la decididamente ignorada **Sinfonía Fausto**, de Liszt, para celebrar el centenario de su muerte (es increíble, pero parece que también la Sinfónica de Chile la tiene programada para este año: ¿habría alguna posibilidad de que ambas orquestas se pusieran de acuerdo para no repetir títulos, habiendo tantos que no han sido estrenados?).

En materia de títulos, adelantamos que somos francamente partidarios de la inclusión del mayor número posible de obras modernas y contemporáneas, y por eso celebramos, entre otras, el concierto para violín de Alban Berg y la Sinfonía N° 13 de Shostakovich. Pero no felicitamos a los organizadores por repetir, sin haber dejado pasar siquiera un año, la Sinfonía Turangalila de Messiaen, habiendo tanto que conocer, de su autor y de otros contemporáneos. Esto no quita el mérito de una programación relativamente equilibrada que tendrá, como un punto de verdadero interés, el ciclo de las seis últimas sinfonías de Mozart. ♠

V. M.